

**El resurgimiento de la  
barbarie. Atavismo,  
venganza y fatalidad. *El  
desperdicio* de Matilde  
Sánchez**

Carolina Grenoville

Universidad de Buenos Aires – CONICET

cgrenoville@hotmail.com

*En el interior reina una tranquilidad aparente,  
pero el suelo parece removerse, y rumores extraños  
turban la quieta superficie.*

Domingo F. Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*

## 1. Introducción

*El desperdicio* (2007) de Matilde Sánchez participa de un tópico recurrente en la literatura argentina según el cual nuestra historia nacional constituiría un gran malentendido, un acopio de fábulas que poco o nada tendrían que ver con la realidad. La cultura libresca se constituye, desde esta perspectiva, en un mecanismo de evasión de una realidad que se hallaría inextricablemente ligada a la tierra. La historia concebida como ficción, evasión o naufragio supone en cualquiera de los casos una forma de existencia y un devenir que se han apartado de un decurso pretendidamente natural de acontecimientos interrumpido por avatares externos o decisiones arbitrarias.

La novela narra la vida de Elena Arteche en el contexto de profunda crisis que atravesaba Argentina hacia fines del siglo XX y comienzos del XXI. La historia del país y la biografía de esta mujer en permanente construcción (Sánchez, 37), como se la caracteriza en la novela, se entrelazan a partir de un tropo en particular: la sinécdoque. En efecto, las idas y vueltas de la protagonista condensan y señalan un derrotero mayor: el de la doble vida de la Nación, desde la constitución de un relato que augura un futuro promisorio aunque dándole la espalda *al país material*, hasta la caída de ese mito. La ficción neoliberal de la paridad cambiaría entre el dólar y el peso que llevó a la sociedad argentina a poner el foco en una actualidad volátil construida basándose en viajes, artículos importados y enclaves especialmente diseñados para optimizar el consumo permitió soslayar la sociedad precaria que acabaría por manifestarse más plenamente en la propagación de desocupados y familias que se quedaban sin casa en los albores de esta centuria.

Sin embargo, en un nuevo pliegue del relato, la autora presentará la concatenación específica de sucesos que tienen lugar en este período como una de las tantas manifestaciones posibles de un patrón que parece repetirse fatal e inexorablemente a lo largo de la historia argentina. Ni la protagonista ni la Nación logran librarse de las ataduras que genera el campo y que, como una fuerza sobrehumana, parecieran arrastrarlos una y otra vez al mismo punto de partida.

## 2. Muerte y vida de Elena Arteche

Elena Arteche es hija de una familia de hacendados de Pirovano, un pueblo en la provincia de Buenos Aires. Hacia finales de la

década del setenta resuelve radicarse en la Capital junto con Carmen, su hermana, para estudiar Letras en la universidad. La novela se abre, anticipando el desenlace y el tono trágico de este recorrido, con el viaje de la narradora a Pirovano para asistir al velorio de la protagonista. El texto se divide en tres grandes partes que coinciden *grosso modo* con las distintas etapas en la vida de la protagonista. La primera parte, "La edad de la comedia", es el relato de sus años en la Capital cuando sus primeros logros como crítica literaria y una tumultuosa vida social le permitían proyectar un gran porvenir. Las otras dos partes, en cambio, "El período gótico" y "Barroco fúnebre", narran la caída en desgracia de la protagonista. El desperdicio se constituye, de este modo, como un extenso réquiem o responso en memoria de Elena Arteché.

A lo largo de la primera parte, la Capital y el campo se presentan como espacios antagónicos. Una imagen estereotipada de ambos lugares orienta los pasos de la protagonista y pone de relieve la vigencia de antiguas dicotomías y tópicos. "Quizá debido a esa angustia rural de lo excesivamente plano, le complace ver el suelo al fin plegado en falsas perspectivas" (Sánchez, 69). Pero al igual que las perspectivas que ofrece, la ciudad será también la tierra de falsas prospectivas.

Por esos años, ya entrada la década de los ochenta, la metrópoli aún conservaba su halo de prestigio como ciudad literaria: "Había amado la Capital mucho antes de conocerla y se reencontraba con el sueño intacto, del que nada le resultaba decepcionante" (Sánchez, 43). La multitud hacía de Buenos Aires una miniatura del mundo y le permitía a la protagonista paradójicamente sentirse singular. Los restos de ruralidad que sobrevivían en el tono de voz y el léxico y las imágenes que empleaba le imprimirían a Elena un estilo propio que se avendría muy bien con el pretendido cosmopolitismo de la capital. En el campo, por el contrario, parecía imposible forjarse un destino. La vida asumía allí la forma de una condena. Significativamente, el campo aparece caracterizado a partir de los mismos atributos con que lo estigmatizó la literatura del siglo XIX. El paisaje "excesivamente plano" al igual que un "océano" (Sánchez, 73) y el "calor de desierto" (Sánchez, 178) inducían a los habitantes a reiterar los mismos gestos de antaño como en "un hechizo de cuento folklórico" (Sánchez, 64)<sup>1</sup>.

1 || La analogía de la pampa con el mar puede encontrarse en numerosos textos canónicos argentinos de la segunda mitad del siglo XIX ("La cautiva" de Esteban Echeverría, *Facundo* de Domingo F. Sarmiento, *La conquista de quince mil leguas* de Estanislao S. Zeballos, por mencionar solo algunos) a punto tal que constituye un lugar común sobre el que ciertamente opera la novela de Sánchez. Asimismo, como han advertido Adolfo Prieto (*Los viajeros ingleses*), Mary Louise Pratt (*Ojos imperiales*), Ricardo Cicerchia ("De diarios, mapas e inventarios"), entre otros, esta primera comunidad nacional argentina toma esta estampa del "desierto" de los relatos de los viajeros ingleses al Río de la Plata entre 1810 y 1835, quienes se valieron de esta comparación para caracterizar un territorio cuya "ausencia de accidentes" puso a prueba sus

Sin embargo, un embarazo no buscado y la enfermedad de su hermana constituyen un punto de inflexión que dará lugar a una serie de sucesos que, como en un alud, la empujan barranca abajo. "Todo en Helen se consumió en procesos rapidísimos" (Sánchez, 75). El ritmo vertiginoso de la gran ciudad acaba paradójicamente por devolverla a la monotonía de la domesticidad rural y el ensueño futurista será sustituido por un régimen de la repetición. Con la muerte de Carmen, la Capital deja de ser ese territorio propicio donde proyectarse. Para ese entonces, los planes de Elena aún no hallaban una concreción acabada (no lograba concluir la escritura de su tesis ni afianzar la relación amorosa con Bill) y sus propósitos comenzaban a asumir la forma de sueños destinados a quedar inconclusos. Pero fue con su hermana, además, con quien se había lanzado a la conquista de la ciudad y su muerte temprana ponía necesariamente fin a la utopía.

Elena emprende junto a su hijo el regreso a Pirovano con la idea de poner en funcionamiento, en plena recesión económica, un campo devastado. El retorno al campo será también un retorno al origen: el paisaje de la infancia y los fundamentos de la "patria". En este viaje al pasado que emprende la protagonista los vestigios de su niñez se superpondrán a los despojos de un país que fracasó desbaratando antiguas ficciones que contribuyeron a modelar la imagen de "Helen", como se hacía llamar la protagonista en Buenos Aires, y de Argentina como "granero del mundo":

Cuando Carmen murió, en 1993, la tierra había dejado de ser objeto de canciones y se adentraba en los vericuetos del sistema bancario. Los caballos gestaban de vuelta pero no en el campo, donde no hay basura ni peregrinación. Pronto llegarían cada noche a la ciudad, a la cantera de desperdicios y materia informe que ofrece a la miseria su última mutación en mercancía (Sánchez, 96-97).

El ambiente en el que, muy a su pesar, le ha tocado vivir lleva a Elena a repetir los mismos roles que le había visto desempeñar a Chanito, su madre. Su tiempo se consume ahora entre las clases en los colegios secundarios, los juegos con el hijo y las charlas con la empleada. Pero este desenlace es percibido como "el fracaso estrepitoso de un programa" (Sánchez, 96) que dejará entrever otras aristas de la protagonista y el paisaje rural. Su tránsito por Buenos Aires y las lecturas con las que procuró desesperadamente inventarse en el período "cómic" constituyen, desde esta perspectiva, una tentativa de sobreimprimir un relato a una realidad que se busca negar. "Seguía buscando en los libros lo que la naturaleza no regala, evasiones" (Sánchez, 73). De igual modo, la memoria nacional se presenta en la novela como una historia de evasiones pilotada por los "programas" de los grandes libros

del canon argentino que instaron a hacer caso omiso a la fuerza del paisaje. Sobre ellos recae en primer lugar la responsabilidad por la calamitosa realidad a la que señala de manera ostensible la novela: recesión, desocupación, pobreza extrema, violencia. Paradójicamente, *El desperdicio* no rehúsa los sintagmas, sentidos y esquemas explicativos que se fraguaron en esos textos fundacionales sino que los reelabora en sus diagnósticos sobre el presente<sup>2</sup>. De este modo, el texto dramatiza la dificultad de pensar la realidad por fuera de esa red conceptual forjada en el siglo XIX, encrucijada de la que el texto, por cierto, no logra salir.

*Yo misma, ya me ves, me encargo de repetir esa fatalidad. ¿Vos no sentís cómo avanza la provincia sobre la Capital? Ahora vuelvo al punto en que se encontraba Chanito. Una madre, una maestra Normal. Vivo mi vida sin curiosidad, como si la hubiera visto antes* –carta de Elena un año después de regresar a Pirovano (Sánchez, 96; bastardillas en el original).

En el cambio de rumbo y de ritmo de la protagonista se ponen de manifiesto, entonces, las tensiones entre paradigmas y formas de vida antagónicas e irreconciliables. La crisis personal por la que atraviesa Elena se imbrica con la crisis del país. La opción por el campo (aunque al comienzo la protagonista se proponga lo contrario) termina siendo una opción por una forma de vida de subsistencia, improductiva, no acumulativa diametralmente opuesta al paradigma maximizador del capitalismo. La interpretación de ese viraje como "fracaso" da cuenta del modo en que se ha interiorizado el paradigma economicista y pragmático. En el (pre)juicio del lector la novela deja librada la interpretación última del texto: el revés del capitalismo como fracaso o como utopía. La vuelta al punto de partida, "el país de pastores" (Sánchez, 113), puede o bien significar una condena de la que solo en apariencia esporádicamente logramos librarnos o, por el contrario, una oportunidad para repensar las identidades culturales y los proyectos nacionales.

El binomio campo-ciudad adquiere, entonces, un nuevo cariz: Buenos Aires pasa a representar metonímicamente el sistema económico que condujo al país a la ruina y la improductividad del interior reintroduce en la historia argentina una dimensión temporal propia de una vida pasada que ahora es percibida como una alternativa deseable: el pasatiempo. "Alguien debía volver a ocupar la naturaleza antes de que el capital la comprase. *No la Capital, el capital mismo, el capitalismo*" (Sánchez, 112). La

---

2 || Por textos fundacionales me refiero en este caso en particular a los textos del período de formación del Estado-nación, que, si se inaugura con "La cautiva" de Esteban Echeverría, se cerraría de alguna manera con la literatura expedicionaria escrita en torno a la denominada Conquista del desierto hacia la década de 1880.

aclaración refuerza la identificación entre los términos y la Gran ciudad queda así reducida (y rebajada) a una mesa de dinero, una "cueva" desde donde realizar operaciones de corretaje.

### 3. El sonido del tropel

A lo largo de la segunda parte de la novela, "El período gótico", Elena se verá permanentemente acechada por seres fantasmales. Ni bien se instala en su nueva casa de campo a Elena se le aparece en reiteradas oportunidades el espectro de su hermana. Pero a las visitas de Carmen se le sumarán las apariciones de viejos fantasmas nacionales —indios y gauchos— que renacerán bajo nuevos ropajes en los distintos sujetos sociales que la crisis produce, (des)colonizándolo todo: "*Atención, falta una ciencia de los espectros. Pero no una Geistwissenschaft, metafísica es lo que sobra. Una verdadera anatomía. Nos va a servir algún día, cuando el presente no sea más que un hojaldre de muertos*" (Sánchez, 125; bastardillas en el original). El presente instaura un nuevo ámbito de imágenes en el cual la propia época se amalgama con una historia pasada.

De igual modo, el texto exhibe en su superficie a la manera de un palimpsesto las huellas de una escritura anterior. En la reproducción de fragmentos, tópicos y procedimientos propios de la literatura argentina del siglo XIX, la novela de Sánchez insta a revisar el período de consolidación del Estado a la luz de los acontecimientos del presente y viceversa, ofreciendo una interpretación controvertida de ambos momentos. Estas recurrencias llevan al lector a reponer un paradigma perimido para interpretar, ahora, un país poblado de linyeras, habitantes de contenedores, criminales por vocación y cazadores, encauzando, de este modo, al presente en la vieja encrucijada entre voluntarismo y determinismo geográfico.

Una energía arrolladora empuja a Elena y a la patria a su auto-destrucción. La reproducción de una vida idéntica a la de su madre y de la que Elena se había querido distanciar en medio de un campo lleno de "opas" y no de "alumnos" —como se creía en el momento en que se erigían en las ciudades del interior edificios públicos de dimensiones colosales (Sánchez, 151)— permitirá circunscribir una zona específica, "lo bonaerense". En una suerte de reafirmación de un lugar común, eterno retorno de un mismo relato acuciante, la novela de Sánchez acaba por identificar el interior con la involución. "*Algo los conecta con el futuro y anuncia lo que vendrá; cuando parecen más atávicos, ahí está su futuro*" (Sánchez, 169; bastardillas en el original).

Dos metáforas recurrentes en las que resuenan los ecos de *Facundo* de Domingo F. Sarmiento refuerzan esta caracterización. Como en el texto de Sarmiento, los rumores del tropel de caballos

simbolizan el avance incontenible del campo sobre la ciudad<sup>3</sup>: "no oyen que ya vuelven los caballos" (Sánchez, 113). El retumbar de los cascos en la pampa constituye todavía en el siglo XIX un índice que por contigüidad remite a la inminencia del combate, al peligro (malones, montoneras, batallones, cuadrillas, etc.). Ahora bien, ya hacia fines del siglo XX, la arbitraria concurrencia del sonido del tropel que Elena oye en el campo con la debacle social y económica del país constituye una actualización individual de un recuerdo estereotipado, una forma cristalizada de aquella experiencia. En las pisadas de caballos prima ahora su componente convencional: más que denotar la debacle el sintagma brinda una interpretación de la misma a partir de los parámetros que fijan las antinomias sarmientinas (civilización-barbarie; campo-ciudad; interior-Buenos Aires; Argentina-Europa). Por otra parte, el texto se vale de la figura del géiser para presentar distintas manifestaciones de la miseria como las expresiones de energías ocultas vinculadas al interior, al "desierto", a la naturaleza y que se hallaban adormiladas (véase Sánchez, 144; 146; 150; 173). La novela, por lo tanto, apuntala también la hipótesis de que la tranquilidad previa al estallido de una crisis es en todo momento ilusoria.

El futuro hacia el que se encamina la Nación comienza a manifestar extraños parecidos con la fisonomía que presentaba la pampa en las representaciones de los escritores románticos de la generación del '37. Toda una serie de prácticas, destrezas y valores de un claro color local pone de relieve la confluencia en la actualidad de temporalidades dispares. La resurrección de faenas, usos y costumbres arcaicos vaticina un tiempo de progresiva y acentuada barbarización de la que ni Buenos Aires se salvará: los olores de la ciudad revelan "nuevos" hábitos viejos ("ya no se ocultan para mear, salta al olfato" [Sánchez, 141]), la criminalidad asume de pronto cierta rusticidad pastoril y surgen modos de subsistencia, como el negocio de la liebre, que suponen el regreso a una economía campesina.

3 ||"Facundo, genio bárbaro, se apodera de su país; las tradiciones de gobierno desaparecen, las formas se degradan, las leyes son un juguete en manos torpes; y en medio de esta destrucción efectuada por las pisadas de los caballos, nada se sustituye, nada se establece" (Sarmiento, 94); "Los demás vuelan a las armas por todas partes y el tropel de los caballos hace retemblar la pampa, y el cañón enseña su negra boca a la entrada de las ciudades" (Sarmiento, 136); "Con las disposiciones que yo le conozco a ese pueblo [la ciudad de Mendoza], en diez años de un sistema semejante [se refiere a la administración de Videla Castillo] hubiérase vuelto un coloso; pero las pisadas de los caballos de Facundo vinieron luego a hollar estos retoños vigorosos de la civilización..." (Sarmiento, 160); "Las mechas de los cañones están apagadas y las pisadas de los caballos han dejado de turbar el silencio de la pampa. Facundo ha vuelto a San Juan..." (Sarmiento, 183); "Alguno había dicho que venían..., que se divisaba un grupo..., que se había oído el tropel lejano de caballos" (Sarmiento, 194). Las bastardillas no figuran en el original.

El texto incorpora en bastardilla y en pie de igualdad otras voces, como las de las empleadas domésticas de Pirovano, Isabel y Ofelia, o las tesis académicas inconclusas de Elena, que realizan lecturas análogas de la historia argentina en un claro diálogo con los textos fundacionales del proceso de formación del Estado-nación. La narradora a su vez encuentra en las conclusiones de Elena respecto del país las claves para comprender la propia vida de la protagonista en una ida y vuelta que es recurrente en la novela. Los prejuicios racistas de los ideólogos de la limpieza étnica que llevó a cabo la Nación en la segunda mitad del siglo XIX sobreviven, desde la perspectiva que ofrece la novela, en los sectores medios y populares que buscan diferenciarse de ese colectivo anónimo asociado al interior. La intelectualidad, por su parte, parece haberse reconciliado finalmente con la superstición en una lectura conservadora de lo nacional de corte popular. Pero si Isabel y Ofelia se horrorizan ante el resurgimiento de la barbarie, a Elena este mismo fenómeno le despierta fascinación.

Dijo que esa tarde estaba dispuesta a cambiar su vida por la de un ciruja liebrero. Y los campos de la familia con sus cuadros de oleaginosas en su punto de óptima madurez, y los silos a tope de girasol y todo el ganado, por una cama de cartones. Y todos sus títulos los cambiaría por el saber brutal de la casa y el archivo de resentimientos de un linyera (Sánchez, 174).

A medida que la recesión se profundiza, distintas manifestaciones de la crueldad comienzan a propagarse por todo el territorio. Una serie de crímenes aberrantes se producen primero en el interior del país. La saña con que son llevados a cabo no permite inscribirlos en una narración coherente que los torne descifrables en función de una lógica organizada en torno a medios y fines. "Hace falta un mínimo de humanidad para juzgar a un hombre. Ninguna cuestión moral. Atavismo puro" (Sánchez, 145). Los homicidios asumen extrañamente una "forma local", una suerte de forma americana del crimen, como si estuviesen motivados por los "instintos de carniceros" reprimidos desde los tiempos del mismísimo Sarmiento. Se trata de vejámenes perpetrados por "opas habituados a copular con mulas y ovejas en pedregales olvidados del Señor" (Sánchez, 145) que revelan la frágil artificiosidad de la vida cotidiana en la ciudad y sus estándares de "normalidad".

Rápidamente la acumulación de furia estalla en el corazón de la ciudad Capital. Según la interpretación que ofrece la narradora, el decurso de los episodios violentos no es meramente azaroso sino que la violencia se propaga de acuerdo con una pauta imitativa desde el interior a las ciudades (Sánchez, 145-147). Pero no son solo estos "opas" los que obran por "contagio". Tanto la interpretación de la narradora como la de la protagonista del mal que aqueja a la sociedad argentina de aquellos años siguen muy de cerca las



tesis del *Facundo*. En efecto, resuenan en este punto una vez más las palabras de Sarmiento para quien el gobierno de Rosas es un claro indicio de que la barbarie y la violencia bajaron finalmente a Buenos Aires, más allá del nivel de las provincias, también por contagio (Sarmiento, 25; 122). Pareciera que un mismo ojo está leyendo dos realidades diferentes y las lee de un mismo modo. La porosidad de la frontera habilita, como en los tiempos de Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas, lo que cien años de vida civilizada no han podido conseguir: la unidad del territorio. El único interés común parece ser, entonces, la venganza:

Castigado por lo que fuese, sin posibilidad de defensa, culeado igual. Quizás un hechizo de antiguos nativos cuyanos... Entra un indio fantasma y se lo encuentra en posición. El viejo busca algo agachado detrás de un tonel, las canillas siempre requieren engrasado, algo que pensó o pronunció convoca la fuerza maligna. Genio del indio resentido se constituye a la puerta trasera; le dice "Perdón, es día de pago" (Sánchez, 150; bastardillas en el original).

Una mitología localista retorna con una energía renovada ya no para reclamar lo que le pertenece sino para vengar crímenes perpetrados en otro tiempo en pos de una fisonomía y una composición étnica dignas de una nación pretendidamente civilizada; una suerte de castigo para el delito de lesa americanismo.

El paisaje no permanece ajeno a este rebrote de furia. La naturaleza indómita se rebela contra las miradas utilitarias y hace causa común con los parias bajo la forma de lluvias torrenciales e inundaciones (como ocurrió en Choele-Choel tras finalizar la expedición de Julio Argentino Roca en 1879, donde una terrible inundación arrasó con el asentamiento que las tropas argentinas acababan de fundar y dejó sitiada a la división por el agua durante 14 días). Con el objeto de "contener las inundaciones", la municipalidad mandará construir un zanjón semejante "a una gran muralla china invertida" como el que en su momento, en 1876-1877, encargara Alsina para refrenar los malones indígenas. Y al igual que la zanja del entonces ministro de Guerra, esta nueva divisoria también está llamada a contener, más de un siglo después, la ira de "las hordas salvajes": "Hace falta un zanjón para desviar la ira" (Sánchez, 194). Pero, acá, en la pampa, la materia parece imponerse tanto sobre la inteligencia como sobre la voluntad.

#### **4. Consideraciones finales**

En *La conquista de quince mil leguas*, texto que Estanislao Zeballos escribe en 1878 a pedido de Julio A. Roca con el objeto de demostrar la importancia y factibilidad de extender la frontera hasta el Río Negro, Zeballos reconstruye parcialmente la historia de las ficciones que pueblan ese espacio denominado *desierto*. Si, en un primer momento, la corona española propagó la fábula de

ciudades opulentas en medio de la pampa, como los Césares y El Dorado, con el objeto de atraer nuevos aventureros y preservar las poblaciones en Sudamérica, luego los "indios" se encargarían de difundir una imagen opuesta de ese vasto territorio para desalentar las invasiones de los cristianos: aquellas tierras serían presentadas, entonces, como "arenales inhabitables y guadales profundos" (Zeballos, 204). La expedición de Roca vendría justamente "a descorrer el velo del misterio de tres siglos de impenetrable aislamiento" (Zeballos, 201).

Con el auxilio de las herramientas teóricas y técnicas que proveía la ciencia de ese entonces, esta generación de militares y hombres de ciencia que propulsó y llevó a cabo la denominada Conquista del desierto fue la encargada de anexionar y también diseccionar la pampa para la vida civilizada. Una nueva ficción comienza a forjarse a partir de ese momento en sintonía con el utopismo evolucionista del siglo XIX que contribuirá a perfilar el país próspero de la Argentina nación. La novela de Matilde Sánchez recrea la transfiguración de ese porvenir frustrado hacia fines del siglo XX. La profunda crisis por la que atraviesa Argentina en la década de 1990 pone de relieve las fisuras del violento proceso de transculturación: a lo largo de todo el país parecen aflorar fuerzas atávicas que yacían ocultas a la espera del momento oportuno.

En efecto, *El desperdicio* de Matilde Sánchez puede leerse como una lectura a contrapelo del *Facundo* de Sarmiento (en clave de género). Así como Sarmiento se propuso en su momento, 1845, hacer la historia de la barbarie y dar a conocer sus resortes (Sarmiento, 96), Matilde Sánchez en esta novela compone una suerte de "pornografía de la venganza" de esas fuerzas bárbaras reprimidas, como se sugiere en algún momento en el texto. En una suerte de actualización de viejos presupuestos sarmientinos, *El desperdicio* se presenta como un desarrollo de la conexión entre "eslabones de acontecimientos humanos y evolución de la geografía, una dinámica en redes" (Sánchez, 183; bastardillas en el original). Y al igual que en el *Facundo*, la dinámica entre el suelo y el carácter se despliega a partir de un relato ejemplar. La vida de Elena Arteche, la protagonista, servirá para ilustrar, como en su momento Sarmiento hizo con la vida del caudillo riojano, una época que se extiende desde fines de los años setenta al 2001.

Aquí también el relato biográfico y el relato de la historia se desarrollan paralelamente a la luz de otras lecturas (en especial la de aventureros europeos en territorios bárbaros) que permiten ensayar explicaciones para el desengaño. La narradora hallará en las teorías literarias de su amiga entrañable que nunca logró poner por escrito una clave para comprender la debacle de esta mujer que, como el país, "pasó de tenerlo todo a no tener nada" (Sánchez, 174). Los fragmentos en cursiva conforman el testimonio de una obra inacabada y dispersa en restos de conversaciones,

cartas, correos electrónicos o frases sueltas escritas al pasar. Allí se bosquejan teorías en torno a lo nacional que la novela recupera para dar con una suerte de *tono argentino*.

Pero los fantasmas, linyeras y cazadores de liebres que pueblan ahora la pampa constituyen la prueba irrefutable del fracaso del mito civilizatorio y el triunfo del atavismo: "En la prehistoria anterior a la falta de un techo, no había lo que se entiende por una casa sino una fábula de escuelas, hospitales y barrios obreros, había un cuento y dentro de él, otro cuento y así sucesivamente, como esos mitos de origen" (Sánchez, 197).

## Bibliografía

- Cicerchia, Ricardo. "De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad", ponencia presentada en el *19th. International Congress of Historical Sciences*, Universidad de Oslo, del 6 al 13 de agosto de 2000. Disponible en <http://www.oslo2000.uio.no/program/papers/s17/s17-cicerchia.pdf>. Consultado el 12 de septiembre de 2012.
- Echeverría, Esteban. *La cautiva. El matadero*. Buenos Aires: Editorial Abril, 1983.
- Pratt, Mary Louise. *Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Sánchez, Matilde. *El desperdicio*. Buenos Aires: Alfaguara, 2007.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Buenos Aires: Capítulo, 1967.
- Zeballos, Estanislao Severo. *La conquista de quince mil leguas. Ensayo para la ocupación definitiva de la Patagonia*. Buenos Aires: Ediciones Continente, 2008.